

Discurso de Teresa Berganza en la ceremonia de investidura como Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Alcalá

11 de diciembre de 2014

Excelentísimo Rector Magnífico,

Autoridades,

Claustro Académico,

Señoras, Señores,

Amigos todos,

Soy muy consciente que al expresar el agradecimiento al expresar el inmenso agradecimiento que siento ante la alta distinción que hoy se me otorga debo hacerlo con un discurso que posea la altura académica que una institución como esta exige. También sé que eso excede de mis posibilidades, pero no me voy a escabullir con la habitual excusa de que yo no soy oradora. Evidentemente no lo soy, pero todo el que suele evidenciar que sino que acostumbra a ser largo y pesado. Eso es algo que intentaré evitar. Lo mío es la voz, pero no tanto la voz hecha palabra, sino la voz hecha canto.

Sí, soy cantante y es muy probable que el propio canto fuera anterior o cuando menos simultáneo a la propia palabra que cuando menos cantar sea una de las actividades más antiguas del ser humano. Pero antes que cantante, me honro en ser música, ya que el canto se engloba dentro de este arte y ser músico o música es algo tan natural como difícil se pretende de verdad y a fondo. Porque significa vivir la música, no de la música, ni siquiera para la música, sino vivir la música, que es tanto como ser o convertirse en música.

El propio Charles Darwin creía que la música es incluso anterior a la propia palabra y ahora yo estoy usando la palabra para explicar mi condición de música. Tarea imposible. La música es por sí misma inefable. Y lo inefable es precisamente aquello que no puede expresarse con palabras.

Durante toda mi vida me he dedicado a este difícil y absorbente arte de la música, que es mucho más que cantar. Estudié piano y otras disciplinas musicales que me ayudaron a cantar mejor, pero también, gracias al ejemplo de mis padres, absorbí otros aspectos de la cultura que también me fueron necesarios para cantar, porque al final el canto es la expresión última de lo que uno no sólo ha aprendido en las disciplinas musicales ni en la cultura sino que representa su propia experiencia vital, su ser mismo y entero.

Me educaron para el trabajo, para la responsabilidad y la cultura, para que buscara la excelencia. Espero haber respondido bien a tanto cariño y esfuerzo. ¡Qué cosa tan sencilla es cantar y al mismo tiempo qué extremadamente complicada! Surge de un impulso humano

elemental pero puede modularse hasta el infinito con el estudio, las facultades y la inteligencia sensible.

Cantar es, y a la vez no es, como tocar un instrumento porque es algo que hay que dominar, pero en el caso del canto no nos valemos de una extensión externa como sería el instrumento, que al fin y al cabo es una máquina, sino de nuestra propia fisiología, de nuestro cuerpo, con el cual hacemos la más personal, íntima y maravillosa de las músicas. No otra cosa es el canto. El canto participa conjuntamente de las dotes naturales, del desarrollo de una técnica y de una capacidad de expresión. Gracias a poder conjugar de la mejor manera estas tres variantes podremos llegar a las más altas cumbres artísticas y convertir el hecho de cantar en un momento mágico de la sensibilidad y de la belleza.

Creo haber tenido el privilegio de cantar de una manera muy elevada, de forma que he podido transmitir esa belleza y esas emociones a los públicos que me han seguido. Mi carrera musical en el terreno del canto ha podido desarrollarse a un nivel que me ha llevado a cantar en todo el mundo. He tenido la suerte enorme de poder hacerlo en los mejores escenarios del mundo, con las mejores orquestas y también con un largo elenco de otros maravillosos cantantes, especialmente en grandes producciones operísticas. Y me hago también la ilusión de haber podido también realizarlo en un momento especialmente brillante para este arte. Un momento en el que había magníficos cantantes de todas las nacionalidades, espléndidos directores de orquesta que sabían cuidar y realzar las voces y fantásticos directores de escena que buscaban la belleza y la eficacia teatral en vez de la extravagancia. Un momento especial para la lírica en el que se consiguieron producciones de validez histórica y en el que los públicos seguían nuestro quehacer con la devoción y el entusiasmo de quien sabe que está asistiendo a acontecimientos que bien pueden llamarse mágicos.

He abordado repertorios muy diferentes pero todos ellos dignos de ser expresados y abordados a la mayor altura que fuera posible, pero está claro que cada artista acaba por saber en qué papeles y qué autores hacen que se manifieste mejor su trabajo. Para mí y para mi carrera hay dos autores que creo que han hecho que mi dedicación cobrara un sentido máximo, y a los que he dedicado mis mejores esfuerzos: Mozart y Rossini.

Sentir una predilección especial por Mozart parecería que no tiene mérito, puesto que se trata no sólo de uno de los más grandes milagros musicales de la historia, sino una de las personas de talento más rotundo que ha producido nunca la raza humana. Pero eso no quiere decir que sea fácil de cantar, ni que cantarlo bien sea suficiente. A Mozart hay también que interpretarlo, que vivirlo y sólo cuando eso se consigue, la música pasa a un plano superior que la hace incomparable con cualquier otra cosa. Para mí Mozart ha sido una de las cumbres de mi actividad como cantante, pero no sólo eso, creo que ha sido una extraordinaria experiencia vital y, si antes decía que la música y el canto hay también que vivirlos, creo que la manera en que he vivido Mozart ha sido capaz de hacerme conocer y valer como persona, y pienso sinceramente que también ha contribuido a mejorar la sensibilidad y la propia vida de quienes me han escuchado.

Rossini, que de alguna manera procede también de Mozart, es un caso diferente. Es uno de los operistas más perfectos de la historia de la música y uno de los que hay que estudiar con mayor detenimiento y una mayor dedicación técnica, puesto que en él está la esencia de ese estilo especial que se ha llamado *bel canto*. Cantar a Rossini no es ninguna cosa ligera. Parece serlo el resultado, pues es una música riente, optimista y llena de dinamismo vital. Rossini es la vida en estado puro y eso no es tan fácil manifestarlo cantando. Cuando tantos grandes

compositores lo han sido por mostrar una vía trascendente, cuando no trágica, en Rossini encontramos la alegría y el gozo de vivir que es el gozo de cantar. Una gran música es divertida, algo que parecería una contradicción si no alcanzara a través de esas características otras de las cotas mágicas del arte del canto.

Mozart y Rossini han sido los dos mayores focos de atención de mi carrera como cantante, pero no han sido los únicos. He dedicado estudio y esfuerzo a muchos otros papeles y a muchos otros compositores con los que, gracias al trabajo y a la dedicación he conseguido resultados que me satisfacen enormemente y me interesa señalar también la atención que me ha gustado dedicar a la música española. A veces no sabemos apreciar el esfuerzo de tantos músicos de nuestro país que tuvieron que crear en circunstancias nada favorables y en una sociedad que no estaba dispuesta a reconocerlos. La zarzuela española posee verdaderas joyas que merece la pena resaltar y cultivar. Yo la he cantado y grabado siempre que me ha sido posible. Y pienso que ha merecido la pena.

Fuera de las prácticas musicales del teatro, esa misma música española también tiene un amplio tesoro musical de canciones y otras obras. También a ellas me he dedicado y creo que puse mi granito de arena para evitar el olvido de un patrimonio que es nuestro y que debería ser tan importante como los edificios o los cuadros del pasado.

El canto es una disciplina muy particular que exige muchas cualidades físicas. Un cantante tiene marcado el período de su formación, su eclosión y brillo pero también el de su necesaria retirada. Hay un tiempo para todo, como decía el Eclesiastés, y debemos saber que ese tiempo se cumple y cuándo se ha cumplido. Llega el momento en que hay que decidir qué repertorios se deben restringir, cuándo hay que abandonar la escena, aunque pueda aún mantenerse en pleno brillo el recital y cuándo este mismo debe ser abandonado.

La retirada de un cantante es también un momento en que hay que saber hacer las cosas con tanta cabeza como corazón porque si en estrategia una retirada a tiempo es una victoria en cualquier actividad humana y más en el canto, hay que tener presente la dignidad del final. Pero con ello no se acaba todo. Pueden perderse algunas facultades, pero nunca el conocimiento, la técnica, la experiencia. Y todo ello puede ponerse al servicio de los demás. Creo que transmitir esos valores y saberes a las generaciones que nos siguen es un deber además de una satisfacción. Mi dedicación a la enseñanza es algo que me ha llenado por completo cuando he debido restringir mi actuación profesional. Se abre entonces un nuevo mundo de experiencias y logros, se tiene la conciencia de que aún se es útil a los demás. De otra manera, pero se sigue siendo útil.

No deberíamos olvidar que el canto, y mucho más si se hace a nivel de excelencia, es un servicio a la sociedad. Eso es lo que he intentado hacer toda mi vida y con lo que ahora continúo. Les prometí al principio de mi intervención no utilizar mi condición de no oradora para hacerme pesada. Creo que ya es hora de ir terminando esta intervención que no pretendía otra cosa que mostrar que mi vida es el canto y que a través de él he vivido el Arte en su más alta expresión. Con ello simplemente quería dar las gracias por el honor que hoy me hace esta Universidad.

Gracias. Muchas gracias.